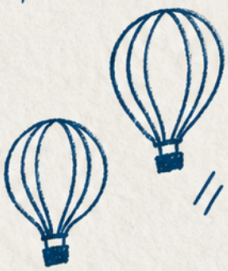
CUÉNTAME LEÓN

Anecdotario histórico









escritores — emergentes.

fenal

Instituto Cultural de León

LEÓN AYUNTAMIENTO 2024-2027

LEÓN 450 DEJANDO HUELLA EN LA HISTORIA

Cuéntame León

Anecdotario histórico

escritores —
emergentes.

Índice

Prólogo....3
Una laminita dolorosa....5
El tesoro del López Mateos....11
Un legado entre León y Orizaba....14
El palenque de León....19
Crecí en un taller....29
La cebadina....31
Qué bonito es mi León....35
León nostálgico....37
Mi padre tenía más historias que años....40
Encuentros fortuitos*....44
Te besaría....48
El pulmón cuando me faltaba el aire....50
La planta maltratadora de agua....52
Las casas de León guardan silencios....57
El zapatero....67
Malecón....73
Epílogo....75

Prólogo

Una ciudad puede contarse de muchas maneras

Puede contarse a partir de las fechas que marcaron su historia, de los nombres de quienes la gobernaron, de los edificios que todavía permanecen en pie o de aquellos que viven en la memoria estática y estética de las fotografías. Todo eso nos ayuda a entender de dónde venimos. Y, para las personas más atentas, hacia dónde vamos y por qué estamos aquí.

Pero una ciudad está hecha también, y sobre todo, de historias mucho más pequeñas. De los lugares en los que alguien pasó su infancia. De las calles que recorrimos tantas veces que dejamos de mirarlas. De los negocios que ya no existen, de las costumbres que parecían insignificantes, de las palabras que escuchábamos en casa, de los encuentros fortuitos y de esas anécdotas familiares que se repiten durante años hasta que terminan formando parte de nuestra propia identidad.

En 2026, León cumplió 450 años. Imagina cuántas historias caben en cada uno de sus días. ¡Cómo no conmemorarlos. Y en el marco de esta celebración, durante la edición 37 de la Feria Nacional del Libro de León, organizamos un ejercicio tan sencillo como incierto: abrir un foro e invitar a los leoneses (por nacimiento o por adopción) a contar una historia sobre la ciudad. ¿Qué podía suceder?

Veinte personas participaron aquel día. Algunas llegaron con textos preparados, sabiendo de antemano qué querían compartir. Otras se acercaron por curiosidad, primero para escuchar, hasta que alguna que otra historia propia comenzó a reclamar su lugar. Porque las historias, como los ríos, siempre buscan su cauce y, a

veces, basta con que alguien acerque un micrófono y pregunte: ¿qué historia tienes tú de nuestra ciudad?

Este libro conserva una parte de aquel encuentro. Reúne los textos de quienes decidieron poner sus recuerdos por escrito. Y el recorrido que forman al encontrarse unos con otros es tan diverso como la propia ciudad.

Ninguno de estos textos pretende contar por sí solo la historia de León. Tampoco esta recopilación aspira a hacerlo. Son fragmentos de recuerdos familiares, estampas, ficciones, poemas, testimonios, lugares y experiencias personales. Pero puestos unos junto a otros revelan algo que difícilmente podría contener una crónica o un compendio de notas periodísticas.

Porque la historia de una ciudad no ocurre solamente en sus grandes acontecimientos. También sucede en un foro donde más de 150 personas se reunieron para escuchar, recordar y hablar de la ciudad que comparten. Sucede cuando una historia contada por alguien despierta otra en quien la escucha y, por un momento, la memoria individual se vuelve memoria compartida.

Aquel micrófono abierto fue una invitación para contar León desde las voces de quienes lo viven y lo recuerdan. Este libro recoge algunas de ellas y las devuelve en una forma más duradera: la palabra escrita.

Ese día fueron pronunciadas frente a otras personas.

Hoy quedan inmortalizadas en la memoria escrita.

Luis Enrique Vilches.
Fundador y director de
Escritores Emergentes

Una laminita dolorosa

Luz Alvear

León, Guanajuato.
Marzo de 1959

El periódico El Sol de León publicó el siguiente titular en su sección de sociales: «Premio de $200 y sorpresas a la imagen de La Virgen Dolorosa más antigua».

Margarita, con 10 voluntariosos años, al leer semejante título, se decidió a lo que nadie en la familia se hubiera atrevido. Subió hasta la habitación de su bisabuela Lucita, mejor conocida en la colonia como Luz Ruiz, viuda de Cruz; sacó una cajita de cartón debajo de su cama y cogió de entre un pañito de algodón la posesión más valiosa de la bisabuela: una laminita viejita, viejita, con la imagen de La Virgen Dolorosa pintada al óleo. Margarita, con el corazón en la garganta y los ojos al borde de las lágrimas, escondió la imagen en su morralito con toda la ilusión de que esa virgencita les hiciera un milagro.

Esa misma tarde partió hacia las oficinas del periódico, a unas cuantas cuadras de la casa de la bisabuela. Nomás tenía que cruzar el Mariano Escobedo, más o menos a la altura del Carro Verde, y pasarse al otro lado del centro; ahí en la meritita calle Madero.

Tocó el timbre. «Vengo al concurso», dijo. Y un portero le abrió indicándole la puerta donde debía inscribirse.

—¿Nombre?

—Luz Ruiz, viuda de Cruz.

—¿Cómo que eres viuda?

—No, la laminita es de mi bisabuela. Quiero que ella se gane el premio y la sorpresa.

—Entiendo. ¿Y tú cómo te llamas?

—Margarita Martínez Barajas, a sus órdenes.

—Gracias. ¿Dirección?

—Mmm... Pues aquí cerquita por el Carro Verde. Una casita rosa chiquita.

—Pero necesito la dirección exacta por si te ganas el premio. La calle, el número y la colonia. ¿Te las sabes?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—La calle es Guillermo Prieto.

—¿El número?

—152 o 154, creo.

—Bueno, con eso. ¿Colonia?

—Aquí cerquita, atravesando el bulevar.

—¿Centro?

—Ey. Centro.

—Bueno. Toma este papelito y no lo pierdas, porque si ganas te lo van a pedir para regresarte la laminita.

—¿Cómo que regresar? ¿A poco se la van a quedar?

—Pues claro, si no cómo la vamos a comparar con las otras imágenes concursantes.

—No, pero es que mi bisabuelita va a poner el altar, ¿y cómo le va a hacer si no tiene la laminita?

—¿Entonces la quieres meter o no?

—Sí, pues. ¿Pero me la va a regresar antes de que pongamos el altar?

—Yo creo que sí. Pero tienes que estar muy atenta al periódico.

—Bueno. Gracias. Pero sí me la regresan, ¿verdad?

—Sí, de veras.

Margarita creía que su travesura de emprendedora iba a durar lo que hacía de camino de ida y regreso. Con lo que no contaba era con que su concursante estaría secuestrada unas tres semanas. Regresó a su casa con un mal presentimiento. Sabía que pronto Lucita estaría buscando la laminita para hacer su ritual de cada año: primero, germinaba unas semillas de trigo y lentejas en unas latas de atún o de sardinas. Luego, iba al mercado por sus flores blancas, moradas y unas veladoras. Al final sacaba la laminita de su sarcófago de cajita de zapatos para limpiarla como cada año con la espuma del jabón de la ropa con mucho cuidado. Hasta entonces era que colocaba su altarcito en un espacio de la casa en donde todas sus vecinas podían admirarlo y tomarse un agüita el Viernes de Dolores. La verdad, era la virgen más bonita de la colonia. Eso decía Lucita. Y también lo creía Margarita, por eso se atrevió a semejante fechoría.

Pasaron unos días, y entre sueños, la virgencita le hablaba: «¿Por qué, Mago? ¿Por qué me dejaste a mi suerte?». Y ella le contestaba: «Porque eres la más linda que nadie jamás nunca haya visto. Tienes que ganar ese dinerito. Ándale. Es para mi bisabuela». Y la virgen solo lloraba y lloraba.

Después de dos semanas, la bisabuela comenzó a preparar su altar. Y una vez que las plantitas habían germinado hasta su punto, buscó a su virgencita. No estaba en su sarcófago, ni detrás de la mesa donde ponían el altar, ni prestada a ninguna de sus hijas. ¿Cómo se pudo haber perdido? Margarita, pálida y callada durante días, revisaba el periódico diario y nada. Ni un aviso, ni una advertencia. Nada. Llegó el viernes 20 de marzo y la virgen comenzaba a llorar en toda la ciudad menos en la casa de la viuda de Cruz.

Fue entonces que Margarita agarró el periódico donde había leído ese grandilocuente titular junto con el papelito que le habían dado y los metió en su morral. Ni modo, regresando de la

escuela iba a tener que hacer su confesión. Pasó toda la mañana lamentándose y ni puso atención en la clase. Hasta pensaba que nunca más volvería a ver esos ojitos virginales con lágrimas, y que el único llanto que vería esa tarde sería el de ella después de la tunda que le iban a meter.

Terminó la escuela y se fue caminando a la Guillermo Prieto. De lejos, vio a su bisabuela y a su mamá hablando afuera de la casa con unas personas extrañas que les estaban tomando una foto y entregándoles su laminita. Ni modo, ya se habían enterado. Ahora solo quedaba poner las nalguitas al aire para que la chancla de su bisabuela encontrara su destino. Su mamá la vio llegando a la esquina y fue hacia ella con una furia que sabía reconocer bien.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí, amá. Pero lo hice porque le iban a dar un premio y una sorpresa. Mira.

Margarita sacó el periódico doblado y le enseñó a su mamá el titular y la inscripción.

—Ay, Mago. ¿Cómo se te ocurre? ¿Y qué si Lucita no hubiera ganado?

—¿Ganado? ¿Ganó?

—Sí, chiquilla. Le dieron esos 200 pesos que dice ahí. Hasta vino el señor que aparece ahí a entregarle el premio. Pásame ese papelito porque lo necesitan de regreso.

—¿Entonces no me van a pegar?

—Vamos viendo, m'hija. Te la volaste y ni le avisaste a nadie. Órale, vamos con Lucita.

Entraron a la casa y la bisabuela ya estaba colocando la laminita en el altar. Ya con sus veladoras prendidas y su agua de dolores a un lado para recibir a los vecinos sedientos.

—Buenas tardes, bisabuela —dijo Margarita.

—Hola, m'hija.

—Ya me dijo mi mamá que ganó. ¿Cuál era la sorpresa?

—Orita te lo enseño. Primero quiero hablar contigo.

Se fueron solas a la cocina.

—Mago, ¿por qué la agarraste sin decirme?

—Es que yo escuchaba que todo el mundo decía que esta era la Dolorosa más bonita y la que tenía las lágrimas más reales, que seguro era muy antigua. Y además era muchísimo dinero y una sorpresa. Usted decía que esta virgen era milagrosa y ya cumplió, ¿no? Por favor no me vaya a pegar.

Lucita la miró un momento sin decir nada, nomás refunfuñó a sus adentros.

—Mago, las cosas que no son tuyas no se tocan. ¿Entiendes?

—Sí.

—¿Segura?

—Sí.

—Los milagros no empiezan con mentiras, niña. Acuérdate de eso.

Margarita no supo qué contestar. Se quedó viendo sus zapatos. Tenían algo raro. Hubo un silencio largo. Luego Lucita metió la mano en el delantal y sacó un billete doblado.

—Toma. Cinco pesos. Por haberme traído suerte.

Margarita los agarró despacio, todavía sin levantar la vista.

—¿Y la sorpresa? ¿Cuál era?

Lucita se levantó un poco la falda y asomó los pies. Traía unos zapatos nuevecitos, lustrosos. Resulta que el mismísimo don Francisco Lozornio se los había entregado por haber ganado.

—Vente, tómate un agua pa'l susto. Y deja de meter las nalguillas, no te voy a pegar —dijo la bisabuela mientras se regresaba al altar para comenzar el rosario.

Margarita abrió los ojos todo lo que le daban y no dejó de apretar el billete que traía en la mano.

Ya han pasado 67 años. Mi abuelita Margarita me contó hace poco esta historia y cuando le pregunté que dónde había quedado semejante imagen, me confesó que la laminita está perdida. Resulta que una de las hijas de Lucita prestó a la virgen y nunca encontró el camino de regreso. Cuando Mago por fin dio con la criminal, le dijo que ya no le podía ayudar. La utilizaban hacía algunos años de recogedor y seguramente ahora se encontraba en un basurero, o si alguien tuvo suerte, se la habría encontrado en una recicladora. Ni hablar. La Dolorosa de la laminita solo alcanzó a cumplir un milagro.

El tesoro del López Mateos

Paloma Fernández Belman

Esta historia no es una experiencia propia, sino de mi abuelita Tere, quien, como gran entusiasta de las historias paranormales, no podía dejar de ser ella misma una protagonista.
Durante toda su niñez y buena parte de su vida adulta, mi abuelita vivió en las cercanías del emblemático Mercado República, ya que mi bisabuelo Miguel era peletero y tenía sus bodegas por ese mismo sitio.

Ella recuerda que vivían en una casa grande donde eran constantes las situaciones sobrenaturales. Por ejemplo, en una ocasión relata mi abuelita que, como esa casa era tan grande, los baños se encontraban hasta la parte trasera y se acostumbraba a tener una bacinica debajo de la cama por si se ofrecía ir al baño. Una noche, ella necesitaba usarla y, al asomarse por debajo de la cama, vio cómo había una pequeña flama en el piso. Esto la impresionó mucho y llamó a gritos a mi bisabuelo advirtiéndole que su cama se incendiaba, pero cuando él llegó ya no había nada. Después de esto, mi bisabuelo llamó a un compadre suyo que sabía detectar dinero enterrado; este le dijo que, en ese lugar donde se encontraba la cama de mi abuelita, había dinero y que, si querían, lo podían sacar. Sin embargo, mi bisabuelo se negó porque siempre fue una persona honesta; la casa no era suya, sino rentada, por lo que ese dinero no le pertenecía.

En otra ocasión, cuando salieron de día de campo hacia lo que hoy conocemos como Los Naranjos, ella relata que el trayecto desde la zona del mercado tomaba dos horas. Cuando llegaron a su destino, pasaron un día muy bonito disfrutando de la natu-

raleza y de la compañía familiar. Al finalizar la jornada, uno de sus parientes les ofreció regalarles una perrita que tenían en la granja porque se había llevado muy bien con ellos; pero mi bisabuelo se negó rotundamente y esa fue la decisión final.

Al regresar a casa, mientras arropaba a mi abuelita para que se durmiera y le daba la bendición, escucharon el gruñido de un perro que provenía de debajo de la cama. Sorprendido, mi bisabuelo revisó por debajo, pero no logró ver nada, así que continuó despidiéndose de sus hijos. Al querer terminar la bendición, escuchó el gruñido nuevamente. Confundido, fue con mi bisabuelita para preguntarle si se habían traído a la perra que les ofrecieron más temprano, pero ella negó haberla traído, ya que él, explícitamente, se había negado a recibirla. Él, ya harto de las situaciones paranormales, se armó de valor y decidió retar a eso que los molestaba. Le pidió a mi bisabuelita que pusiera una mesa con dos sillas (una enfrente de la otra), una botella de vino y dos copas, y luego le pidió que se retirara con los niños para que lo dejaran completamente solo. Ella, visiblemente nerviosa, siguió las indicaciones.

Acto seguido, mi bisabuelo empezó a confrontar a la entidad y gritó: «Estoy cansado de que molestes a mi familia, nos has quitado la tranquilidad. Te exijo que me digas qué es lo que quieres para que dejes de molestar a mis hijos y, en este momento, te desafío a que te presentes a la medianoche y te sientes en esta silla delante de mí, seas lo que seas: un espíritu, un muerto o el mismísimo demonio». Mientras tanto, mi bisabuelita permaneció en el cuarto contiguo con sus niños, quienes también estaban asustados. Ella, muy devota de las ánimas benditas del purgatorio, comenzó a invocarlas y a rezar un rosario tras otro para que cuidaran a mi bisabuelo y no se presentara ningún ser. Así comenzaron a pasar los minutos; al acercarse la medianoche, el ambiente era tan tenso que se podía cortar con un hilo. A la par,

mi bisabuelo seguía firme en la espera de su llamado. Finalmente, a las 12:00 a.m. en punto, el silencio invadió toda la casa. Siguió pasando el tiempo, pero no sucedió nada. Mi bisabuelo se levantó decepcionado de no haber resuelto la situación; por su parte, mi bisabuelita, agradecida con Dios y con las ánimas benditas del purgatorio por haber protegido a su familia, se reencontró con él y juntos volvieron a acostar a los niños.

El tiempo pasó y cada uno de sus hijos hizo su vida. Algunos de ellos se quedaron en la ciudad y otros se fueron a buscar otras oportunidades. Mi abuelita Tere fue una de las que permaneció aquí y formó una familia, pero no se alejó de la zona de Santiago, ya que mi abuelito, su esposo, también era peletero y, al igual que mi bisabuelo, tenía sus bodegas de piel alrededor del Mercado República. Un día, cuando se tenía el proyecto de abrir el emblemático bulevar Adolfo López Mateos, comenzó la demolición de varias casas antiguas y el trabajo de las retroexcavadoras. En el momento en que una de ellas trabajaba en la antigua casa donde sucedieron los hechos narrados, la pala de la retroexcavadora, al entrar en contacto con la tierra, tronó unos barriles que estaban enterrados y, al levantar la pala, cayeron en cascada muchísimas monedas de oro, causando la sorpresa de los transeúntes. Inmediatamente se corrió la voz por todo el mercado. Muchas personas corrieron hasta la zona del hallazgo, pero cuando llegaron, el lugar ya estaba resguardado por el Ejército. A mi abuelita solo le quedó observar que el tesoro estaba en la casa que ella había habitado de niña. Posteriormente, muchas personas siguieron encontrando dinero en las casas aledañas al mercado.

En la actualidad, aún se conserva una pequeña parte de la casa en lo que conocemos como la esquina de la calle República y el bulevar Adolfo López Mateos.

Un legado entre León y Orizaba

Mónica del Carmen Batum Sainos

Dicen que hay historias que parecen sacadas de una novela. Pero esta... esta es real. Es la historia de un hombre que lo perdió todo, que lo encontró todo, y cuya vida estuvo marcada por el destino, la tragedia y una lucha incansable por sobrevivir.

Ese hombre fue mi bisabuelo Isaac Torres Aguilar, nacido en esta ciudad el 3 de junio de 1888, hijo de Crescencio Torres Gómez y Mercedes Aguilar Delgadillo, y el menor de catorce hermanos.

La aventura del bisabuelo empieza en León, casi como un juego. Imaginen a un niño travieso jugando con sus hermanos en los rincones de la estación del tren (sí, esa la de San Miguel que ahora está abandonada), en donde un buen día se mete en la parte más peligrosa del juego: el vagón del tren de vapor. Sin darse cuenta se queda profundamente dormido, y cuando despierta, se asoma y el corazón se le va a los pies: está perdido en medio de una zona montañosa y desconocida, totalmente solo.

Porque sí... con el pasar de los años la historia real se desdibuja, y dicen que no fue un juego de escondidillas, sino una travesura de más riesgo: se escapó de su estricta madre, y fue así que, sin proponérselo, se convirtió en un pequeño aventurero forzado. Vagó, sobrevivió como pudo y hasta lo dieron por muerto en alguna ocasión; terminó en un anfiteatro entre los cadáveres, hasta que una monja les dijo: «Este niño no está muerto, solo tiene inanición». Ese acto lo salvó.

Creció lejos de su casa, haciendo pequeños trabajos para sobrevivir, y no fue sino hasta alrededor de 1903, cuando él tenía

15 años, que regresó a León. Pero el reencuentro no fue un cuento de hadas: sus padres habían muerto y su hermano mayor, que según parece era médico, quizá de buena fe pero de modos brutales, quiso enderezar al muchacho. ¿Y cómo lo hizo? Lo encerró en un anfiteatro lleno de cadáveres. ¡Sí, como lo oyen! Lo obligó a estar con los muertos para aprender la lección, pero él no lo dudó: apenas pudo, huyó de nuevo, y esta vez para siempre. No logró volver jamás, aunque siempre lo deseó.

Pero ahí es donde empieza su verdadera historia: recorrió el mundo, desde los pueblos calurosos y verdes de Veracruz como curandero, hasta ser ayudante de cocinero en un barco en el que recorrió medio mundo hasta llegar a Noruega. Así vivió por años: recorriendo el mundo, un día en un sitio y otro día en otro... hasta que el amor llamó a su puerta.

Su primer matrimonio fue con María Sandoval, con quien tuvo cuatro hijos: Emilia, Luis, Narciso y Moisés. Pero la tragedia siempre parecía perseguirlo: a finales de 1924, durante un viaje hacia la Ciudad de México, María enfermó gravemente, y es ahí cuando llegan a Orizaba. Estando bajo los cuidados de su tío Manuel Sandoval y de su prima Cleotilde Sandoval, María fallece un par de meses después, en enero de 1925, dejando al bisabuelo viudo a cargo de cuatro niños, el más pequeño, Moisés, de poco más de un año. Tras la tragedia, «Coti», como le decían de cariño a Cleotilde, ofreció cuidar al más pequeño mientras él retomaba su viaje a la Ciudad de México, en donde su hermano Aurelio lo esperaba con una oferta de trabajo. Pero esto no duró: él no pudo estar lejos de su hijo menor. Coti, a quien también llamaban «Negrita», se hizo cargo de los hijos huérfanos de María y de él. No hubo romance, no hubo escarceos, no hubo idilios; lo que hubo fue necesidad: Coti necesitaba proteger a esos niños e Isaac necesitaba ayuda para sacarlos adelante. Así, en enero de 1926, se casaron por lo civil y por la iglesia.

Un dato curioso de esta unión es que él había nacido un 3 de junio de 1888 y Coti nació un 3 de junio de 1897, nueve años después. Ambos celebraban juntos su cumpleaños... pero, ¿por qué es esto relevante? Bueno, porque el 3 de junio, pero de 1930, guardaría un amargo suceso para su familia: tras llevar a cabo la celebración de sus cumpleaños, la tragedia no esperó.

En Orizaba, cerca de su casa, había una poza de agua; esa poza no era natural, era una excavación que la Cervecería Moctezuma había dejado abierta. Los niños del barrio se juntaban ahí para jugar y refrescarse. Ese día, Luis y Narciso, dos de los hijos mayores, aunque aún pequeños, se metieron a nadar por su cuenta. Un vecino corrió a avisar a la familia, pero cuando llegaron al lugar ya había ocurrido lo impensable: los dos niños se habían ahogado. El golpe fue devastador. Al intentar sacar los cuerpos, el bisabuelo sufrió un paro cardíaco ahí mismo, en el sitio de la tragedia; sobrevivió de milagro porque el tío Mario reaccionó a tiempo para rescatarlo.

Por si la pena fuera poca, el pueblo, lejos de mostrar empatía, acusó a Coti de negligencia. ¿Se imaginan el impacto? Perder a dos hijos pequeños en cuestión de minutos y enfrentarse a la crueldad de la gente mientras llevaba en el vientre a su segundo hijo... fue un infierno indescriptible.

Sin embargo, la policía afirmó que no había delito que perseguir: los niños se habían metido al agua por voluntad propia y la poza, aunque peligrosa, no era responsabilidad de los padres. Él sobrevivió al infarto, pero su salud quedó muy dañada de ahí en adelante.

Y no voy a mentir: las tragedias persiguieron a su descendencia, pero de las cenizas de la tragedia, el árbol genealógico siguió creciendo con los hijos que le sobrevivieron: Moisés, Guadalupe, Isaac, Angelina, Pablo y Cecilia. Hoy, los descendientes de Isaac

y Coti están regados por todo el mundo: hay nietos y bisnietos en Estados Unidos, Suecia, Finlandia y Francia.

¿Y cómo regresó a León? Bueno, la familia realizó diversos intentos por rastrear sus orígenes y hubo algunos pequeños logros, pero efímeros. No fue sino hasta muchos años después que el destino lo trajo de vuelta a León, pero en la presencia de sus nietos: primero los hijos de Isaac, después los de Cecilia, y así, poco a poco, su legado fue llegando a aquella ciudad que lo vio nacer y donde tuvo su infancia al lado de sus trece hermanos.

Él siempre expresó que quería volver, pero el destino no lo dispuso así. Su vida fue difícil, trágica, llena de aventuras, alegrías y tristezas, pero jamás olvidó sus raíces. Así que este ejercicio es para nosotros, su familia, una forma de reivindicación para él, una forma de honrar su vida y su sacrificio: es traerlo de vuelta. Su nombre: Isaac Torres Aguilar. Por lo poco que sabemos, sus padres tenían una finca cerca de la vieja estación del tren, una tienda grande en el centro, cerca del Lápiz Rojo, y su familia tuvo una zapatería que estaba bajando del Santuario sobre la calle Obregón.

Así que la vieja estación de tren, esa que hace más de un siglo vio partir a un niño travieso, para nuestra familia hoy es una leyenda de quien la convirtió en el punto de partida de una familia inmensa.

Así que ya lo saben: si alguna vez escuchan el nombre de Isaac Torres Aguilar, recuerden que no fue solo un curandero o un viajero... fue un superviviente, un padre, un esposo... y el patriarca de una estirpe que se niega a olvidarlo.



El palenque de León

Un hito en la historia de nuestra ciudad

Fanny Ramírez

Permítanme platicarles con mucho gusto: mi padre Celso Ramírez Muñoz, don Celso, como regularmente era conocido, nació el 6 de abril de 1923 en San Julián, Jalisco, y murió el 20 de julio de 2003. Llegó a esta bella ciudad de León a la edad de 14 años; aquí se estableció y se quedó hasta el final de sus días. Cuando regresó a su tierra fue de visita, porque realmente se volvió leonés de corazón.

Quiero compartirles que tengo muy grabado un momento de mi niñez, cuando mi padre nos llevó a un palenque del primer cuadro de la ciudad. Mis hermanos y yo presenciamos las peleas de gallos del lugar; en ese entonces, don Celso era comerciante y gallero. De esa escena se me quedó muy grabado que solo había hombres, muchos con guaripa o sombrero y con la pistola bien puesta. Mi papá permaneció al centro con nosotros, sus peques, y recuerdo que yo estaba bien pescada de su mano.

Un día, mi padre tuvo una feliz y brillante idea, y creo que es uno de sus grandes y múltiples aciertos: pensó que sería importante abrir la fiesta de los gallos a las mujeres. Lo tacharon de loco y le dijeron: «Celso, ¿cómo se te ocurre tal cosa? Esos son lugares poco propios; son garitos donde se dan cita pistoleros, con todos los problemas que eso conlleva».

Lo intentó en el sexenio del gobernador Juan José Torres Landa, mismo que le dijo: «No, Celso, ¿qué te pasa?». La propuesta resultó improcedente.

Tiempo después, con el gobernador Manuel M. Moreno, se dio esa oportunidad. Algunos de ustedes, que son más o menos de mi rodada, se acordarán de que la Feria de León tuvo varios escenarios; recordarán que era, entre otros lugares, en la Miguel Alemán, a la altura de la Escuela Eufrasia Pantoja.

Tiempo después inicia la Feria de León en los terrenos que hoy ubicamos. Y es aquí donde se da la autorización para montar el Palenque de León, con la anuencia para que pudieran asistir mujeres y jóvenes.

Era un palenque que se montaba y desmontaba cada año, y queda evidencia de que resistió el paso del tiempo sin que hubiese problemas con sus graderías.



Foto 1: El Palenque visto desde el exterior.

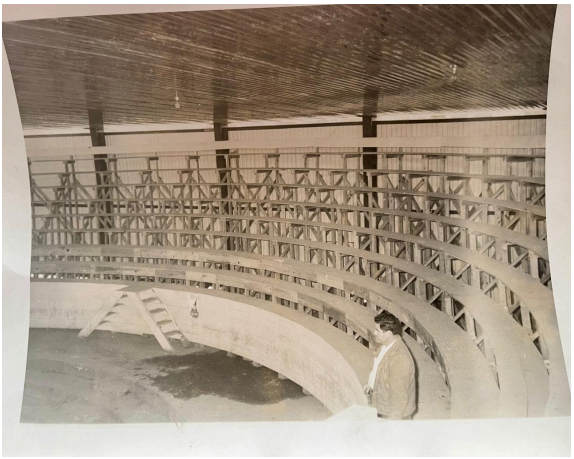


Foto 2: La Gradería, con don Celso.



Foto 3: Don Celso, en el anillo del Palenque, donde se aprecian carteles de los partidos.



Foto 5: La caja de navajas de don Celso, con sus siglas CRM.



Foto 6: La báscula que utilizaba el juez para pesar los gallos.

En el palenque empiezan a desfilar grandes figuras de la canción mexicana: Lola Beltrán, conocida como «Lola la Grande»; María de Lourdes, «la Embajadora de la canción mexicana»; Manuel López Ochoa; Lucha Villa; Vicente Fernández, conocido como «el Charro de Huentitán»; Juan Gabriel; Cuco Sánchez…

Hay una historia que quiero platicar: en ese tiempo cantó en el palenque Juan Manuel «el Alteño», y es importante mencionar que tenía una tesitura de voz parecida a la de Jorge Negrete. Creo que la historia se hubiese escrito de otra manera, pero de repente ocurren las fatalidades, y él iba en el avión del atentado contra Madrazo.

De los grupos vocales recuerdo a los Primeros Chinacos, que después se llamaron los Caudillos. Mi hermano Lupillo tenía la costumbre de tomarse fotos con los artistas; en varias está con Manuel López Ochoa, la India María y Queta Jiménez, «la Prieta Linda». En mi caso, me dio por coleccionar autógrafos de los artistas que participaron en el Palenque

Tiempo después, mi papá invitó a un socio: el señor Alfonso Patiño. Me parece que este hizo el siguiente cálculo: «Si con dos socios queda buena parte de dinero, con uno solo debe ser mejor todavía». Y fue así como el señor Patiño lo dejó fuera de la sociedad del Palenque.

Fueron momentos muy difíciles para mi papá; me daba mucho temor que se enfermara o cayera en una depresión terrible. Claro que le dolió, porque el Palenque era su mundo. Pero él combinaba la fiesta gallera con la carnicería, lo cual era muy complicado: llegaba a la carnicería a las 4:00 a.m. para abrir y comenzar la venta a las 6:00 a.m. El tiempo destinado al descanso era limitado.

Aquí quiero compartirles algo que me parece interesante: en su momento me enojé mucho y me sentí sumamente preocupada por papá, pero años después entendí y di las gracias, pues las

cosas ocurren por algo. El que lo hayan dejado fuera de la sociedad del Palenque permitió que él diera un giro a su vida. Tuvimos la maravilla de contar con él hasta sus 80 años.

Creo que eso no hubiera sido posible con el ritmo de vida que llevaba; o sea, ¿quién resiste?, ¿quién sobrevive durmiendo poco, con mucho trabajo y tantas cosas que atender? Ahora no me queda más que decir «gracias» por ese viraje que dio su vida.

Cuando deja el palenque, emprende un camino de amor a la tierra y por ello compra un rancho. ¿Por qué? Porque cuando él nació en San Julián vivían en una hacienda; eran catorce hermanos y mi papá, de los más pequeños, tenía que cuidar las chivas y el ganado. Él le insistía a su padre: «Papá, es que yo quiero ir a la escuela». «No, no, no; tú dedícate a las chivas». Él obedecía, pero tiempo después volvía a pedirle a mi abuelo Leonides: «Es que quiero ir a la escuela», y la respuesta siempre era un no rotundo, muy al estilo Corín Tellado.

Don Celso nunca fue a la escuela, pero tuvo la fortuna de conocer a una maestra que le enseñó las letras y las operaciones básicas. Tenía una inteligencia sobrada, aunque lo único que leía eran los titulares en letras grandes. Les puedo decir con total certeza que jamás leyó un libro o un artículo; sin embargo, aprendía de la vida, su gran maestra.

Les quiero compartir una anécdota que me encanta: le pedí permiso a mi papá para instalar mi estudio en un espacio de la casa. Me dijo: «Sí, Chaparra, pero solo te pido que conserves aquí la caja fuerte, el escritorio y esta lámpara».

Me apropié del lugar y, un buen día, llegó a decirme: «Chaparra, enséñame la cosa esa que tienes que es como el mundo». Le mostré el globo terráqueo y le señalé dónde estaba México. Al verlo, comenzó a deducir todo solo: «¡Ah! Si este es México, la península de arriba es Baja California y la de abajo es Yucatán; este mar redondito es el golfo de México y este el Pacífico. Y si

este es México, todo esto es Estados Unidos... ¡está grande, Chaparra! Y arriba es Canadá».

Me quedé maravillada por la clase de geografía de alguien que nunca fue a la escuela; tenía toda la información en su mente, solo le faltaba verla integrada de forma gráfica. Se me ocurrió preguntarle qué país le gustaría conocer y me respondió: «A mí me gustaría conocer Argentina, para ver el ganado y probar si la carne es tan buena como dicen». Tiempo después viajó allá, y eso me encanta, porque jamás tuvo limitaciones.

Todo lo que hacía, lo hacía con profundo amor. Fue, entre otras cosas, presidente de la Unión de Curtidores, de lo que me enteré hasta que él ya había muerto, incursionó con tráileres en la Julián de Obregón, era asiduo asistente al Círculo Leonés Mutualista y un conversador extraordinario.

Pero creo que su mayor empresa y triunfo, junto con mi mamá, fue impulsarnos a sus ocho hijos: cuatro mujeres y cuatro hombres. De forma muy sutil nos decía: «¡Cómo me gustaría que estudiaran! Yo siempre me quedé con las ganas». Nunca nos impuso nada ni nos exigió cumplir sus sueños; nos daba la libertad de elegir.

Al final, los ocho estudiamos. Ese es el gran legado de mi papá y también de mi mamá, quien siempre nos decía: «Prepárense para la vida».

Cierro con estas líneas que le dediqué hace algunos años al encontrar una foto donde estamos juntos en el rancho. Mi papá hablaba mucho con las manos y, al contemplar esa imagen, me nació escribir esto:

Las manos de mi padre

Ajadas por el tiempo,
siempre entregadas a una dura labor.
El trabajo como enseñanza,
la responsabilidad como un valor.
Nunca se rindieron,
nunca dijeron:

«¡Qué cansado estoy!».
Hoy te pido, padre,
que tu ejemplo prevalezca
y que el Padre Bueno nos permita
luchar hasta el final.
Y así como tus manos, infatigables guerreras,
demos lucha sin fin,
hasta el tiempo que el Dueño de la Gloria y los tiempos
lo decida ya.

Benditas tus manos, padre,
que nos enseñaron a caminar,
brincando obstáculos,
venciendo pruebas.
Bendito seas
por siempre más.
Y esa mano pequeña que en la foto está,
Alvin, tu nieto,
el más peque de los doce,
y que recibe con gusto,

a nombre de todos los demás,
tu gran ejemplo y tu valor:
de vencer vicisitudes,
de luchar contra viento y marea,
sin tregua ni descanso,
para que la misión de cada uno
culmine bellamente...
... hasta el final.

Con gran amor,
Fanny.

Esta participación ha sido posible por mi querida sobrina Dulce Marian, quien amorosamente me hizo llegar la convocatoria. Va mi agradecimiento y amor completo para ella. Y por supuesto mi reconocimiento a las personas que hicieron esto posible.

Mayo de 2026, León, Gto.

Crecí en un taller

Martha Angélica Roa Araiza

Crecí en un taller, como la mayoría de los leoneses. Pero en el que yo me crié no era el clásico taller en el cual se podía escuchar a los zapateros vacilar mientras las máquinas de pespunte realizaban su ensordecedora labor.

El taller de mi padre era uno más solitario. Al entrar te daba la bienvenida un olor a piel mezclada con pegamento y algo metálico. De fondo se podía escuchar el disco favorito del artesano: Kind of Blue de Miles Davis, acompañado del golpeteo rítmico que producía el choque de un martillo y un troquel, el mismo que se usa para marcar las piezas de piel o lámina.

Manuel Roa Rodríguez y Manuel Roa Guerra, mi abuelo y mi padre, comenzaron con el sueño de producir calzado hace más de cincuenta años; sin embargo, sabían que para tener un sello distintivo era necesario estudiar y desarrollar técnicas que permitieran menos errores en los procesos. Y si bien su sueño inicial fue el de ser fabricantes, la vida les tenía una senda diferente: la del diseño y desarrollo del calzado.

Y es que a veces olvidamos que, para que un zapato llegue hasta nuestros pies, hay toda una línea de personas que permite que eso sea posible, haciendo prácticamente una tarea artesanal: diseñadores, cortadores, pespuntadores, montadores, cardadores, adornadoras y varios más.

El taller Roa estuvo en funcionamiento más de 35 años hasta octubre de 2025, fecha en que mi padre falleció. Ahí se resguardaron premios del Concurso Nacional del Diseño a la Exportación y se desarrollaron líneas de calzado para las empresas Blasito, Carlo

Rossetti, Jean Pierre, Eu Petit Jean, Tres Hermanos, Comando, Baglioni, Flexi, Paruno, Caborca, André Verger y muchas más. A la par, compartiendo, mas no compitiendo, el éxito con don Esteban Rojo y su descendencia, quienes son otro grupo de grandes diseñadores en León.

Es importante que tengamos en mente que el hecho de que el calzado leonés llegara a ser internacional es gracias a lo que cada uno aportó desde su trinchera o, mejor dicho, desde su taller, pica o fábrica.

León transitó de ser una ciudad industrial a una ciudad de servicios; y no creo que las juventudes e infancias de ahora estén familiarizadas con el sonido de una máquina de pespunte o con cómo luce una caja de lámina bajo la cizalla. Lo que sí creo que no nos ha abandonado es el olor tan particular a piel curtida, y que, si queremos comprar un par de zapatos, sabemos que hay que darnos una vuelta a la Central.

No podemos ni debemos olvidar que León se convirtió en la Perla del Bajío por dos grandes industrias: la del calzado y la curtiduría, las mismas que lo vencieron todo gracias al trabajo de las manos leonesas. Pareciera que actualmente son industrias superadas; sin embargo, aún hay punks en pequeños talleres que gritan: «El calzado leonés sigue más vivo que nunca», haciendo un esfuerzo titánico frente al Gran Dragón Rojo.

En este aniversario 450 de la fundación de la Villa de León, les pido que nos detengamos un momento para conmemorar cada pequeña historia que construyó el León que hoy tenemos. Ya sea desde un taller de diseño, una pica de zapato, un local de venta de bolsas y cintos o, simplemente, recordando las viejas glorias del Club Unión de Curtidores cuando venció 1-0 al América.

La cebadina

Dalia León

Era la primera vez que visitaba tierras leonesas. Mis amigos me advirtieron sobre la peculiaridad de los panzas verdes y su acento cantadito. No me entusiasmaba la idea de viajar a un lugar donde huele a tenería y la gente está obsesionada con el fútbol; al menos así fue como describió la ciudad mi amigo leonés, el único que conocía. Pero el congreso veterinario en el cual participaría por primera vez es uno de los más importantes del país y se lleva a cabo en León, Guanajuato.

Nunca me imaginé el problema que causaría mi negligencia.

Llegué un día antes de que iniciara el congreso, me instalé en el hotel y le pedí a la recepcionista recomendaciones de lugares típicos. Ella respondió con una mezcla de amabilidad y orgullo provinciano: tomó un mapa y señaló la misma calle del hotel, en la que encontraría el Templo Expiatorio, las catacumbas, las nieves de San Juan de Dios, el Panteón Taurino y las tradicionales guacamayas. Hizo una pausa y me advirtió que no las pidiera «bautizadas», porque era un truco para burlarse de los turistas. «Como si esta ciudad tuviera turistas», pensé. Sonreí con ironía al escuchar su acento cantadito.

Continuó emocionada describiendo las atracciones como si fueran sorprendentes. Dibujó un círculo para señalar la plaza principal en el mapa y, con una equis, marcó un pequeño local a un costado de la Presidencia Municipal donde sugería terminar el recorrido probando la bebida tradicional de la ciudad: la cebadina. Me explicó que era como un agua de jamaica con bicarbonato, pero que se tiene que tomar rápido porque, si no, se em-

pieza a derramar. Tal vez notó aburrimiento en mi expresión, porque sugirió una ruta alternativa: tomar un taxi a la zona norte de la ciudad, donde podía ir a Plaza Mayor.

Antes de que empezara a nombrar centros comerciales, la interrumpí preguntándole por un lugar cercano para comer. El congreso iniciaba al día siguiente y no tenía ganas de comida de hotel; tomé el mapa con las anotaciones y decidí visitar los puntos de interés. Comí en el Panteón Taurino. No me pareció tan mal: la botana era abundante y buena. Ahí probé las guacamayas; aunque solo era un bolillo con chicharrón duro y salsa pico de gallo, disfruté la experiencia. Cuando el mesero ofreció sonriente «bautizar» la guacamaya, le respondí con un cortante «no» que le borró la sonrisa.

Me sorprendió lo bien conservada que estaba esa parte de la ciudad; las fachadas me recordaron los alrededores del Zócalo de la CDMX. Al ver el Expiatorio entendí por qué todas las guías lo mencionaban: el peculiar color de la construcción y su arquitectura me sorprendieron, así que tomé varias fotos de la fachada. Continué mi recorrido sobre esa misma calle. Otra cosa que me llamó la atención fue la cantidad de bares y restaurantes que había: «Para ser provincia, no está mal».

Llegué a la zona peatonal y caminé por el jardín principal hasta divisar la Presidencia Municipal. Le pregunté a unos señores que estaban boleando zapatos por las cebadinas y todos señalaron hacia el mismo lugar.

Era un establecimiento que se parecía a las cantinas tradicionales de la CDMX; olía a madera vieja, a nostalgia y a tradición, como si conservara el diseño y los materiales originales desde su construcción. En el interior solo había un barril gigante sobre una barra de azulejo beige viejo. La gente se apresuraba a beber de su vaso desechable como si en ello se les fuera la vida; después de que les servían la bebida entre rojiza y rosada, me pareció

exagerado que algunos clientes ni siquiera esperaban a que el dependiente sacara la cuchara.

Cuando llegó mi turno, me di cuenta de que la persona que despachaba era el hijo del dueño, pues su foto colgaba detrás de él con la leyenda: «Tradición leonesa desde 1920». Pedí un vaso chico y el señor tomó la misma cuchara con la que servía todos los vasos. Antes de mezclar el bicarbonato, me advirtió con seriedad:

—Pero se lo toma rápido, joven.

Levanté la ceja con fastidio y asentí de manera forzada. Cuando el bicarbonato se mezcló con la bebida, tomé el vaso para salir del establecimiento. «Los provincianos son bien raros», pensé.

No llegué ni a la entrada cuando mi bebida comenzó a derramarse. Cambié el vaso de mano para sacudirme la espuma cuando me di cuenta de que todos a mi alrededor contuvieron un suspiro. La fila se rompió; una niña lloró, su mamá la tomó de la mano y se la llevó mientras me lanzaba una mirada de desaprobación. El resto de la gente alrededor corrió despavorida.

Cuando quise tomarle a la cebadina, ya era muy tarde. Regresé por una servilleta, pero la bebida seguía derramándose como si fuera algodón húmedo que se expandía.

—Le dije que le tomara rápido, joven —dijo el señor con disgusto y resignación mientras me ofrecía un puño de servilletas que no sirvieron para nada.

La espuma salía sin control. La paranoia se adueñó de mí al escuchar murmullos enojados: «Es que por eso se tiene que tomar rápido».

Tiré el vaso a la basura, pero la espuma se desbordó; el basurero parecía una máquina de fiesta de espuma. Los establecimientos contiguos al local bajaron las cortinas de metal y el estruendo me recordó a una tormenta eléctrica. La zona peatonal se vació. La espuma se expandió sin control como una avalancha

blanca. En tan solo unos minutos, el lugar se inundó con toneladas de espuma efervescente. Confundido, intenté caminar sobre la espuma espesa que empezó a cubrir las bancas, los árboles y el kiosco de la plaza principal de la ciudad. «Al menos no es agua», me consolé.

Se activó una alarma y, desde el interior de la Presidencia Municipal, se escuchó una grabación por altavoz:

«En León nos preocupa tu seguridad. Un visitante no le tomó rápido a su cebadina y perdimos nuestro récord sin incidentes de mil trescientos días. Les pedimos por favor que mantengan la calma en lo que se controla la situación; el tiempo estimado de solución es de diez a doce horas».

Dejé de luchar contra la espuma y comencé a flotar en la cebadina. Al menos alcanzaría a llegar al día siguiente a la inauguración de mi congreso.

Qué bonito es mi León

Juan Manuel Martínez Álvarez

Qué bonito es mi León,
qué bonitos son sus barrios,
qué bonita Catedral,
sus torres y campanarios.

Tus calles y callejones,
donde yo soñé despierto,
y en tu Fuente de los Leones
me refresqué algún momento.

Mi querido parque Hidalgo,
nunca te voy a olvidar;
tus entrañas guardan algo:
es mi vida, es mi andar.
Mi sangre es de cebadina,
mi mente, de guacamaya,
fruta con queso divina;
soy de aquí a donde quiera que vaya.

Hay en mi León encantado
gente que es maravillosa:
alegre, trabajadora,
muy cordial y bondadosa.

Oratorio Salesiano,
también me viste crecer;
mi colonia San Juan Bosco,
donde me tocó nacer.

De tus mitos y leyendas
algunas puedo contar;
la de los Pozos del Fraile
seguro te va a encantar.

Todo León es especial,
la ciudad que ruge alto,
de belleza sin igual,
la joya de Guanajuato.

Soy mexicano, señores,
lo digo de corazón,
y ser de León, Guanajuato,
es más que una bendición.

León nostálgico

Ariana Vera

¿Recuerdan el León de hace algunos ayeres? Sí, ese León que nos dio alegrías... y también una que otra cicatriz durante nuestra niñez y juventud.

Como buenos leoneses, todos hemos escuchado historias: la Casa de las Brujas, la discoteca donde bailó el diablo... pero, ¿alguien se sabe la historia de la antigua estación del tren? De niña, yo no le daba importancia. Para mí solo era un lugar abandonado, de esos que uno evita porque se siente raro. Pero todo cambió cuando descubrí lo que realmente fue...

Ese lugar que hoy parece olvidado, antes estaba lleno de vida. Era punto de despedidas que dolían y de reencuentros que se sentían como milagros; un lugar por donde pasaron figuras como Pancho Villa y Álvaro Obregón. Y lo que más me impactó fue saber que, entre tantas ciudades, eligieron a León para tener una de sus primeras estaciones de ferrocarril. Sentí orgullo... del bonito, del que te hace enderezarte tantito. Pero ahora solo queda como un recuerdo: un pedazo de historia convertido en nostalgia.

Y hablando de nostalgia... ¿Se acuerdan cuando salíamos de la primaria y lo único importante en la vida era un chocomilk y un churro? Mi mamá nos llevaba a mi hermano y a mí al mercado de San Miguel, donde mi abuelita vendía sopes. Y mientras la esperábamos... nos íbamos a los juegos.

Juegos que, siendo honestos, eran más peligrosos que nuestras decisiones de hoy. Porque sí: en ese tiempo no había tantas protecciones. Era normal ver a un niño caerse de la resbaladilla... y

levantarse como si nada. O casi nada, porque a veces salían con todo y yeso incluido. Y ahora que regreso y veo los juegos con barandales, pisos acolchonados y toda la seguridad del mundo, no puedo evitar pensar: «Y pensar que antes, los golpes también eran parte de la diversión».

Porque crecimos en un León distinto: uno más rudo, más simple... pero también más nuestro.

Y hay algo más que no puedo dejar fuera: los transportes de antes. Porque si creciste en León, sabes perfectamente que subirte a un camión no era un simple traslado... era casi una prueba de supervivencia extrema. La música iba a todo volumen, como si el chofer estuviera en fiesta y uno nomás fuera de invitado. Y el clásico momento cuando ibas medio cómodo y de repente se subía más gente... y más... y más... hasta que se escuchaba: «¡Recórrase pa' atrás!», aunque atrás ya no hubiera espacio.

Pero lo verdaderamente intenso era alcanzar el camión. Porque antes no era como ahora: las banquetas estaban todas disparejas, rotas, traicioneras... parecían diseñadas para que no llegaras.

Yo una vez corrí con todo para alcanzar un camión: mochila brincando, respiración a punto de colapsar... hice contacto visual con el chofer... y no se paró. Pero yo no me iba a rendir. Seguí corriendo y, justo cuando ya casi lo lograba, una señora, con una precisión que ni ella misma se esperaba, ¡me atravesó su bastón! Y ahí voy yo: vuelo, giro en el aire, marometa digna de las Olimpiadas... y terminé raspándome la nariz contra el suelo.

Un momento humillante, doloroso y completamente innecesario. Pero me levanté, con la dignidad apenas sobreviviendo, corrí lo último que me quedaba y... sí, alcancé el camión. Porque así éramos antes: podíamos caernos raspándonos media cara, pero jamás perder el camión.

Y ahora que lo pienso, no sé si extraño los transportes de antes... o la versión de nosotros que era capaz de pasar por todo eso solo para no llegar tarde. Porque León no solo está en los lugares: está en lo que fuimos.

En fin... ¡ah, qué lindo es mi León, Guanajuato!

Mi padre tenía más historias que años

Juan de Dios Gama Robledo

Este escrito fue planeado de una forma y comunicado en otra debido a cuestiones de tiempo y espacio. No, no tiene nada que ver con la física cuántica.

Mi padre tenía más historias que años, y eso que tenía bastantes años cuando nací. Intentó enseñarme muchas cosas y logré aprender algunas; una de esas fue escribir. Junto a él descubrí que la escritura es más que un conjunto de letras agrupadas más o menos en un orden determinado; es uno de los tantos medios por los cuales podemos estar presentes a pesar de que ya no estemos.

Un día mi padre quedó parcialmente sordo, lo cual agudizó el resto de sus sentidos y profundizó su percepción; sin embargo, no todo el mundo tiene la paciencia necesaria para comunicarse con alguien así, y pasó a tener eso que los entendidos conocen como «incapacidad permanente». Como no tenía nada mejor que hacer, y aunado al hecho de que la diferencia entre nosotros era de cincuenta y cinco años, me enseñó todo aquello que yo fuera capaz de aprender, sin importar que mi edad no superara los treinta meses. Sin embargo, su discapacidad nunca le impidió escuchar mis «¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?», y su voluntad siempre estuvo orientada a intentar satisfacerlos.

El aula era la sala del departamento donde vivíamos, pero también era la carretilla que hacía las veces de carriola, o la fila de alguna oficina gubernamental, o la sala de espera del hospital de turno, o sus brazos, o el asiento interno de los autobuses en los que viajábamos.

Eventualmente crecí y ya no fue necesario usar sucedáneos de carriolas ni que me cargara, porque comencé a caminar distancias más largas por mi cuenta; pero seguimos visitando esos lugares de trámites y de padecimientos (sigo preguntándome en cuáles de ellos se cuentan historias más lamentables) y viajando en autobuses, en muchos autobuses.

La ciudad de León es una ciudad bastante particular: hospitalaria como pocas, pasional como ninguna. El único requisito que el forastero necesita cumplir para ser considerado un leonés de pleno derecho es asumir la divisa que está en el escudo de armas; pero renegar de este suelo significa convertirse en paria (que le pregunten a María Grever para más referencias).

Aunque tenga fama de pueblo bicicletero producto de la competencia con ciudades más «cosmopolitas», como Guadalajara, Monterrey o la Ciudad de México, la ciudad de León combina una vocación completamente liberal, a pesar de que más de uno y más de dos la tilden de «mochotitlán»; con una solidaridad tan intensa que solo se puede ver en poblaciones pequeñas, pues sus habitantes son capaces de entretejer conexiones sumamente profundas bajo la divisa de que «el trabajo todo lo vence». Quien asume esta forma de entender la vida se convierte en leonés, sin distinción de credo, raza, lengua, procedencia, religión o cualquier otra taxonomía aplicable o inventable.

Y no es conveniente omitir la imaginación que esta ciudad tiene: si uno va hacia el norte, se encontrará con los héroes que nos dieron patria y libertad; si uno dirige sus pasos hacia el oriente, podrá estar en las más ilustres ciudades de Europa; si camina hacia el sur, encontrará un camino adornado de piedras preciosas, y si pone la vista hacia el poniente, podrá observar las constelaciones del espacio sideral. Claro, eso era cuando yo era pequeño; la ciudad ha crecido tanto que lo que se consideraba como la periferia ahora está a menos de media hora caminando,

y los nombres de las calles han variado tanto que no alcanzarían páginas para describirlas todas; pero menciono aquellas que hicieron volar mi imaginación tanto tiempo atrás. No, no es cierto: aún sigue sucediendo.

Como esta ciudad fue creciendo tanto, un día las rutas de los autobuses fueron insuficientes. No se convirtieron en trenes metropolitanos, sino en algo quizá parecido: eran algo que parecían dos autobuses pegados con un acordeón. Dado que esta ciudad adopta a todo aquello que cumpla con su derecho de admisión, tuvo que ponerle un nombre propio, porque llamar a eso «sistema de transporte rápido articulado» sonaba tan impersonal como aburrido, y León no es una ciudad aburrida. Les impuso el nombre de orugas, y se convirtieron en una parte fundamental de esta ciudad, a tal grado que no es posible imaginar a León sin sus orugas.

Por supuesto, también fueron aulas en donde aprendí un sinfín de cosas: desde aquella vez en que a alguien se le ocurrió embovedar el Río Turbio y más tardaron en entubarlo que el agua en reventarlo, o lo complejo que fue el dos de enero del cuarenta y seis, o el hecho de que existen más de cuatro barrios en la ciudad, o por qué un equipo de fútbol que va de verde le debe dos veces su existencia a otro equipo de fútbol que va de azul, o la razón por la cual la principal avenida fue trazada de oriente a norte en un camino hacia ninguna parte en lugar de haber sido trazada en forma oriente-poniente, o la posibilidad acerca de que los sueños son la primera estación en el camino hacia la realidad.

El tiempo pasa y no acaricia a nadie, y un día llegó el día que nadie quiere que llegue.

Durante más tiempo que el que hubiera querido hubo un asiento vacío junto a mí. Quizá no estaba vacío, sino que viajaban dos o más personas por un solo pago dado que la barra contadora de pasaje marca movimiento físico y no energético, no

contravine ninguna norma, pero esa es otra historia; sin embargo, un día, un día que una parte importante del mundo quiere que llegue, ese asiento volvió a estar ocupado por alguien que me pregunta «¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?», y ahora debo ser yo quien intente responder todos esos porqués.

Lo único seguro en esta vida es que todo puede cambiar. Quizá las orugas se conviertan en mariposas, quizá haya más asientos ocupados preguntando «¿por qué?», quizá, solo quizá, León deje atrás la tan mala como impropia fama de «mochotitlán» y su visión liberal le sea reconocida; pero, con todo y todo, hago votos para que la divisa de esta ciudad siempre permanezca, a pesar de todo lo que sea que pueda llegar a suceder.

Encuentros fortuitos*

Efraín Ballesteros Aceves

Viernes. No fue una fecha especial, pero para nuestro protagonista se presentaron detalles que, de una manera muy rara, quedaron registrados en su mente para siempre.

Mediodía. Nuestro protagonista quiso despejar su mente, por lo que decidió salir de su casa y hacer algo productivo debido a su situación de desempleo; tenía más de dos meses sin encontrar trabajo tras haber egresado de la universidad.

Desde temprano en la mañana ya tenía ganas de salir, pero no se decidía debido a la pereza y a que estaba viendo un capítulo de su serie favorita, Smallville. Sí, aquella donde cuentan una versión de un joven Clark Kent y que tuvo diez temporadas, de 2001 a 2011.

Esperaba el camión cuando vio a una mujer a la que no reconoció en un inicio, hasta que se dio cuenta de que era una ex compañera de la preparatoria. Tardó un instante en recordar su nombre: Cecilia. Ambos se saludaron y abordaron el camión de la ruta X-48, y comenzaron a platicar sobre cómo les había ido en el tiempo que tenían sin verse. Nuestro protagonista recuerda que fueron dos años de no coincidir, y siguieron conversando hasta llegar a la estación de transferencia San Jerónimo.

Ella, al ir tarde, bajó de manera apresurada diciendo un «Nos vemos luego» y se fue sin que nuestro protagonista tuviera la oportunidad de despedirse.

Tras recordar que no tenía un estropajo, nuestro protagonista lo compró en una tienda cercana y posteriormente regresó a su casa en otro camión de la misma ruta. Observó el paisaje ante

sus ojos. Prestó atención a los detalles: árboles, ciclovías, autos, casas, más camiones como en el que iba, dos orugas, niños de camino a casa tras salir de la escuela, una madre llamándole la atención a su hijo y una pareja discutiendo…

Después de dos horas en su casa, todo estaba tranquilo. El protagonista estaba en su habitación, frente a su computadora, cuando recibió la llamada de Samantha, quien le propuso ir a las oficinas centrales de su antigua universidad. Él aceptó y acordaron verse en San Jerónimo, ya que si ella pasaba a su casa primero no encontrarían a la persona que tenía que entregarle unos papeles (que, por cierto, ya se había ido cuando llegaron). Así que, a las 5:00 de la tarde, se fue a la estación de transferencia... una vez más.

Por azares del destino, tuvo que esperar alrededor de media hora en el lugar debido a que llegó muy rápido porque el autobús pasó pronto y el conductor iba a una velocidad desesperada, alcanzando los 80 km/h.

Esperando frente a donde se detiene la Línea 1 para transbordar, nuestro protagonista se encontró con una vieja conocida: María, con quien hablaba desde hacía tres años por ser conocida de una de sus primas en la universidad. Ella solo lo saludó y le preguntó hacia dónde iba. Él contestó que al centro de la ciudad, pero ella se retiró sin decir la razón, aunque él consideró que ya se dirigía a su casa porque la vio caminar con prisa.

Seguía esperando y vio a otro de sus ex compañeros, también de la preparatoria: Ulises, un joven alto de alrededor de un metro noventa. Al principio no lo reconoció, pero conforme avanzó se dio cuenta de quién era. Se saludaron y platicaron sobre lo que hacían. Él comentó sobre el proceso de titulación que tenía en trámite y sobre su desempleo. Ulises le platicó sobre el lugar donde laboraba. La conversación duró poco, ya que nuestro pro-

tagonista vio cómo su ex compañero tomaba la Línea 1 y se retiraba.

Siguió esperando, por lo que caminó un poco por los alrededores. Vio a otro ex compañero, ahora de la secundaria, llamado Ángel. No lo saludó, no por tener una mala relación, sino porque ya estaba subiendo a su camión, el cual estaba lleno y las personas en el transporte le cubrieron la vista.

Samantha llegó y se fueron en el transporte al edificio localizado en Justo Sierra, en el centro histórico. Ahí subieron las escaleras y llegaron a la oficina requerida. Encontraron a un profesor llamado Pablo, quien los saludó y se retiró. Por causas desconocidas para nuestro protagonista, Samantha olvidó un documento, por lo que tuvieron que irse.

Él acompañó a su amiga al camión, el cual ya estaba en la parada oficial. Corrieron para no perderlo. Ella le alcanzó a decir que se iba porque ya era tarde y le agradeció la compañía. Así que se fue en el camión y nuestro protagonista siguió su camino.

18:30 horas. Por la acera de la calle, caminó y vio una tienda conocida por tener dos X en medio. Por impulso entró, sin una razón importante para hacerlo, pero lo hizo. Caminó por el establecimiento, que era pequeño en comparación con los que están en una esquina. No compró nada importante, solo un paquete de chicles.

Ahí, junto con una persona que estaba viendo refrescos y agua mineral, la cajera pasaba los códigos de barras de los productos. Él no la vio a los ojos hasta que habló con ella y resultó que también la conocía. No estaba seguro de si era otra ex compañera de la preparatoria, pero dijo su nombre: Sandra. Ella reaccionó como en las películas cuando un desconocido dice su nombre: lo vio y no dijo palabra. Él le comentó que iban a la misma preparatoria, pero ella no se acordaba. Le dijo su nombre y los ojos de ella se abrieron de sorpresa. Reaccionó asombrada y

le dijo que había cambiado mucho. No se habían visto desde hacía cinco años.

Dos personas se sumaron a la fila, por lo que decidió marcharse del lugar y se despidió de Sandra, quien respondió levantando la mano para decir adiós.

Nuestro protagonista salió a la calle con una sensación de extrañeza. Caminó y, al hacer un resumen de su día, se dio cuenta de que es muy cierta la frase que dice Nick Carraway en El Gran Gatsby: «Cuando sientas deseos de criticar a alguien, recuerda que no todo el mundo ha tenido las mismas oportunidades que tú tuviste».

En ese momento se dio cuenta de que las personas con las que había convivido durante su vida habían tomado diferentes caminos; también de que las pequeñas acciones o decisiones que tomamos nos llevarán a algo impredecible. El haber tenido estos pequeños reencuentros le hizo entender que había conocido a muchas personas a lo largo de su vida, y que la oportunidad de escuchar y compartir diversas ideas nos hace únicos y diferentes.

Este día, nuestro protagonista lo recordará por haber tenido varios encuentros fortuitos.

*Basado en una historia real del autor. Los nombres reales fueron sustituidos para la realización de este relato.

Te besaría

Gabriel Cacho

Te besaría en cualquier esquina de esta ciudad,
en el cruce de Madero y Zaragoza,
mientras ignoramos si el semáforo de color sabe cambiar.

Te besaría fuera de casa,
y que tu mamá nos tome otra foto,
y no importe cuántos
sean siempre queramos otro.

Te besaría sin descansar,
en una cafetería o en un restaurant,
sobre el Algeciras para que te pongas de puntitas,
de una vez enfrente del templo de la paz.

Te besaría un millón de veces más,
en la sonrisa o al pasear por Centro Max,
en cualquier parque, de las calles Chiapas a Oaxaca,
comiendo ramen y mientras
escuchamos a los pájaros cantar.

Te besaría por todo lo que me haces experimentar,
en el alma, al ver una película o mientras
pensamos en ir al mar,
de una vez en el cuello y nos empezamos a calentar.

Te besaría sin dudar, en cualquier lugar
donde me quieras llevar,
en el callejón del beso en Guanajuato,
o mientras miramos el atardecer en tu auto.

Soy de aquí.

Soy de la oruga para ir y venir

De sonreír, aunque algunos digan
que aquí no vale nada vivir.

Yo soy de aquí,
de la oruga llena
entre los paraderos de SAPAL y Reforma.

Yo soy de aquí,
del: si quepo,
no quiero llegar tarde,
me hago chiquito de cuerpo,
chance alguien buena onda
se suba y nos cante.

El pulmón cuando me faltaba el aire

Edna Flores Jiménez

Eran años de pesadumbre en el pecho, como si mis pulmones no fueran suficientes para abastecer mi cuerpo completo de aire. La mente se nubla cuando el caos nos llena la cabeza de nubes, pero hay espacios en el universo que nos permiten ir desenmarañando nuestras tristezas poco a poco... y ahí estaba el parque: el que tiene tantos tintes y colores de una naturaleza que no está ni encuentras fuera de sus muros y rejas.

Lo conocí mucho tiempo atrás, pero no lo valoraba como en esos días. La pista ligera le permite a mis pies recorrerla con calma, y qué decir del aire fresco que te da la presa cuando está llena. La cortina es uno de mis espacios favoritos: me imagino la cantidad de historias que se han escrito en las bancas mirando al horizonte, quizá unas de amor y otras de desamor profundo, o algunas pláticas que no es posible tocar en un café o en la casa, y es mejor llevarlas ahí, donde la naturaleza te permite hablar con más mesura. Cuando la lluvia toca todo ese espacio, se enloda; pero los animalitos aprovechan que esos días nuestros pasos no los invaden. De ahí el recorrido sigue desde su puerta principal, llegando al campo púrpura de los árboles de jacaranda: ¡qué lugar tan mágico, que se presta para imaginar tantos escenarios! Si bajamos un poco la mirada, los recovecos de agua que le siguen son perfectos para recobrar el aliento.

Cada kilómetro te indica que has puesto a mover el cuerpo, te recuerda lo fuerte que eres y la capacidad de tus piernas para no rendirte aun sintiendo que ya no puedes más. Hay quienes van corriendo, pero no es por prisa, sino por amor al latido de su co-

razón; y qué decir de los que sienten que el aire en la cara les cura todo: no solo las enfermedades físicas, sino el alma.

Fueron las épocas de aquella enfermedad que paralizó al mundo. Luego pareciera que el parque sabía de mis penas y se quedó sin agua en su propio centro, así que lloramos juntos por ese vacío que sentíamos la presa y yo. De pronto todo comenzó a mejorar para ambos. Aquellas aves enormes que descubrí, llamadas zopilotes, me hicieron una guardia dejándome verlas a los ojos. Me resulta impresionante ver convivir a tantas especies diferentes en un mismo espacio, dándole su lugar a cada una sin invadirla: los periquitos verdes, los patos y los gansos que reclaman como yo cuando están enojados.

Me gusta mucho saber que el parque se renueva constantemente en sus hojas, sus veredas, sus árboles... Los seres humanos deberíamos mudar de piel y de pensamiento cada año, o por lo menos de vez en cuando.

La planta maltratadora de agua

Enrique Negrete

Todos somos agua, pero olvidamos su memoria.

Vivo atrapada en este vulgar complejo industrial, bautizado como Rebombeo el Fuerte. A mis costados se alzan, por un lado, los restos de la supuesta riqueza y, por el otro extremo, en contraste, el permanente abandono de la vida estática: sobre el descenso de latitud donde la oscuridad resultó el escondite perfecto para la otra cara de la luna.

Sé que afuera de los muros de tres metros de alto, más uno extra de alambrado de púas, existe una naturaleza que anhelo cuidar. Prefiero ayudarla a renovarse en lugar de resistir a la sombra opacada de su belleza interna, que ya no florece porque dejó de sentirse bonita para impresionar a los demás: gardenias con hojas carcomidas por las hormigas, tabachines esqueléticos, olmos desnudos, un tepeguaje dormilón tapizado a sus pies con vainas secas aplanadas por el paso del tiempo. Un poco más lejos envidio a una palmera de Madagascar: su tronco ensanchado guarda mi hermandad por propia voluntad y supervivencia. El sol también la mantiene con vida, aunque hechos de la misma sangre; no me necesita, como nadie en este mundo.

Una casuarina australiana derrama, como fractales, sus terminaciones nerviosas del cielo al suelo. Su tristeza por la soledad la obligó a vivir con la vista agachada, incapaz de reconocer la belleza interior que perdió por no saber interactuar con ese espejo de falso orgullo. Perdió la cordura persiguiendo la ilusión de

construir un mundo mejor. Un caparazón desactivó sus emociones y la mantuvo viva por pura inercia, con la esperanza inconsciente de que algún día el viento acariciara su piel, endurecida por la deshidratación. Fue entonces cuando se volvió mi obsesión: nutrir esas almas en pena.

Las cercas vencidas coronan los muros de ladrillo de casas deshabitadas que siguieron el curso natural de las ramas desde sus interiores. Basura y podredumbre se acumulan en banquetas erosionadas más por las raíces que por el choque de las placas tectónicas. Costales de escombros se apilan y fósiles de heces reposan en el abismo de antiguos paseos nocturnos. Deseo llorar, y que mi torrente sanguíneo arrastre todo aquello —junto con mis emociones— hacia las coladeras, obstruirlas e inundar, sin remedio, esta pobre ciudad.

Prefiero abrazar toda esa desolación y desamparo del exterior antes que la pena de mantenerme cautiva en este oxidado encierro, por la costumbre de vitalizar incondicionalmente a todo aquel que reclamara mi energía. Fui tan solo un espejo de amor universal, de luz y oscuridad. Incomprendida, me entregué pensando que inspiraría un cambio de pensamiento. Mantengo la fe, pero es un camino insostenible que me ha criminalizado.

Por mis venas circulaba, en otro tiempo, mi linfa: un flujo vital que se concentraba en una estructura de trapecio rectangular, conectada por anclas metálicas invertidas de color azul cielo. Alrededor de las entrañas de esa cárcel —donde solía nadar y purificarme— emergen unos corroídos tubos angulares de oxigenación, de más de tres metros de alto. Me provocan un intenso frío invernal que, en ocasiones, me congela.

En esta cárcel resuenan ecos: taladrantes goteos que brotan de mis heridas y susurros metálicos, amortiguados por la vegetación que los recubre. Ya no hay ranas confundidas por su cambio de sexo bebiéndome por absorción cutánea; las envenené con la

atrazina que nunca pude desechar. Tampoco quedan lenguas intrusas que causen vibraciones en la superficie.

La naturaleza salvaje de matorrales xerófilos permanece intacta: nopales, cactus, acacias y un braquiquito; de su tronco nacen ojos sellados por la soledad, ojos que, en mis mejores tiempos, hice llorar de felicidad. La falta de mantenimiento hace que mis hermanos árboles escupan sus brazos y aterricen sobre más nopales, los cuales crecen lentamente sin criar frutos, como si sus hijos no merecieran nacer en este paraje desolado.

Aún puedo sentir, porque las raíces resilientes se arrastran desesperadamente hacia la vida y se llevan todo a su paso buscándome: rampas, patios de maniobras, alumbrado que ya no ilumina, una grúa con tubos oxidados abandonados en su plataforma y neumáticos pinchados. Incluso el metal es atravesado por la vitalidad renacida.

Unas pequeñas ventanas rectangulares que brindan luz a mi aprisionamiento muestran, al interior, veloces sombras que revolotean con desasosiego, deseosas de escapar de aquel trapecio adormecido. Todo a causa del hipnótico susurro del transformador eléctrico, convertido en un sonoro método de tortura. Cuando cierro los ojos, aquella terrible cacofonía es lo único que existe en este ambiente desolador.

Los restos de mi existencia celebran la vana ilusión de un nuevo concepto del espacio y el tiempo, donde todo lo que aparenta existir solo es producto de mis decadentes pensamientos. ¿Existo, o solo sobrevivo a un mar de alucinaciones que, después de la muerte, han anclado mi esencia en esta guarida de bestias taciturnas?

Energías luciferinas ahuyentaron a quienes se atrevieron a merodear por los muros exteriores en busca de un rincón solitario para tener intimidad, depositar desechos tóxicos o absorber el último aliento de mi vitalidad. Aquí, la inmundicia y lo peor

de cada ser fueron depositados sin remordimiento alguno, y eso fue mi único alimento durante décadas.

Soñé que era mar, pero tenía mucha sed. Al final del sueño entendí que todos somos parte de un todo.

Durante mi apogeo, decenas de máquinas sobre ruedas marchaban en un vaivén constante, ventilando los accesos de la prisión. El transformador quedaba silenciado por el ajetreo de voces: órdenes, regaños, avisos, saludos, despedidas, celebraciones... una danza de entonaciones que me daban vida. Aquel complejo permitía que la sangre que circulaba por mi torrente fuera purificada y transportada —sagrada, elemental y desinteresadamente— hacia cada hogar. Y no importaba que, de tan límpida, pulcra y deseosa de expiar, llevara consigo contaminación, maldad, abuso, corrupción, desperdicio, desesperanza... y un ultimátum contra la vida, en ese intercambio inconsciente de sanar a costa de seguir malviviendo.

Ellos siguieron bebiendo el polvo diluido que llegó a todos mis hermanos: lagos, ríos, mares y cuerpos subterráneos, todo por no dejar crecer la naturaleza que nacía junto a los cultivos. Todos murieron a causa del envenenamiento.

Y, en un ápice de iluminación, me observé rodeada de la belleza de los espíritus de la Madre Tierra: aves nocturnas, serpientes malhumoradas, ranas tripofóbicas, roedores sedientos y ciegos murciélagos. Todos dispuestos a entregar su alma, mucho más merecida que la humana, para sanarme en agradecimiento por lo que siempre entregué sin pedir nada a cambio.

Permanecieron quietos, en silencio, formando un círculo de vida que materializaba su energía vibrante. De sus ojos cedieron a la gravedad pequeñas partículas de líquido salino que flotaron hacia el núcleo de mi último aliento.

Un portal se abrió hacia una dimensión donde ya no existía la raza humana. El Fuego arrasó con todo, reduciéndolo a cenizas y fósiles; el Viento se llevó los restos de aquella amarga resaca. Luego, el reino mineral dio señales de vida en un breve instante de millones de años.

Entonces dejé de ser prisionera por un crimen que nunca cometí, y lo cósmico simplificó la naturaleza de mi existencia, volviéndome una gota de agua con una aureola blanca. Caí sobre el reino vegetal y todo comenzó a florecer nuevamente en la preciada Tierra.

Entonces comprendí el significado de la solemne eternidad.

Las casas de León guardan silencios

Crystal Muñoz

La primera casa que yo recuerdo está en el centro.
Ahora se ha transformado y venden comida.
Quedaba en 15 de Febrero, esquina con Juan Valle.
Ahí guardo mis primeras memorias de infancia absolutas...
así como las primeras desgracias.

No eran desgracias que escandalizaran.
Nadie hubiera llegado a rescatar a nadie.
Eran de esas que pasan todos los días...
y por eso mismo nadie las ve.

Recuerdo el piso frío.
Las paredes demasiado altas.
El eco.

Recuerdo también el momento exacto en que entendí
que había cosas que no se decían.
No porque no importaran,
sino porque decirlas no cambiaba nada.

Aprendí a callarme antes de saber explicarme.
A quedarme quieta para no empeorar las cosas.

A mirar sin preguntar.
Y eso... también es una forma de romperse.

Esa casa sigue ahí,
pero ya no es esa casa.
Ahora hay mesas, platos, gente riéndose.
Gente que paga por quedarse un rato...
en un lugar donde alguien aprendió a hacerse invisible.

A veces paso por ahí y me pregunto
si alguien puede sentirlo.
Si al sentarse...
les atraviesa algo que no es suyo.

Porque las casas no olvidan:
solo se vuelven útiles para alguien más.
Pero lo que pasó adentro no desaparece;
se queda.
En el cuerpo de quien lo vivió.
En la forma en que respira.
En cómo ama... o en cómo no sabe hacerlo.

Crecí.
Y León también.
Se levantaron cosas nuevas.
Se taparon otras.
Y así aprendí que aquí no solo se remodelan espacios:
también se entierran historias.

Infancias enteras que nadie defendió.
Adultos que hicieron lo que pudieron...
y eso no siempre fue suficiente.
Silencios que se heredaron
como si fueran parte de la casa.

Y luego uno se va.
O se queda.
Pero ya no vuelve igual.
Porque hay cosas que no se superan:
se acomodan.
Se aprenden a cargar.
Se vuelven normales.

Y eso es lo más peligroso:
que lo que dolía...
deja de parecer raro.

A los dieciocho me fui.
Me fui creyendo que irme era lo correcto.
Que afuera iba a encontrar un lugar donde sí encajara,
donde crecer no doliera tanto,
donde alguien pudiera entender lo que adentro de mí nunca había sabido nombrar.

Me fui con la idea de que el problema era el lugar,
no lo que el lugar había dejado en mí.

Tardé años en regresar.
Y cuando regresé...
ya nada era como lo recordaba.
O tal vez sí;
solo que ahora podía verlo distinto.

Las paredes eran más altas.
Más cuidadas.
Más limpias.
Como si la ciudad hubiera aprendido a cubrirse mejor.

El centro ya no era ese centro:
el de las calles que se sentían conocidas,
el de los pasos que sabías hacia dónde iban.
Ahora era otro.
Más ordenado.
Más funcional.
Más ajeno.

León creció.
Se volvió una ciudad de oportunidades.
De movimiento.
De gente que llega...
y gente que ya no reconoce lo que dejó.

Porque hay quienes encuentran aquí todo:
trabajo,
espacio,

futuro.
Y hay quienes regresamos...

y solo encontramos lo que ya no está.

La familia cambiada.
Las dinámicas rotas.
Las conversaciones más cortas.
Como si el tiempo hubiera seguido...
pero sin nosotros.

Y entonces entiendes algo incómodo:
que no solo la ciudad se transformó,
también tú.
Y ya no encajas igual:
ni aquí...
ni allá.

Porque irse no borra nada,
solo distancia.
Y regresar no repara,
solo muestra.

Muestra lo que quedó.
Lo que cambió.
Lo que nunca se habló... y sigue ahí.
Como esas casas

que se ven nuevas por fuera,
pero adentro siguen guardando lo mismo.

Sin embargo...
también aquí nació algo que no se rompió.
Algo que se formó desde antes de que yo pudiera nombrarlo,
en la entraña del vientre de mi madre.

Madre zacatecana.
Padre de aquí.
Dos formas de mirar el mundo
que no siempre coincidían...
pero que me enseñaron a habitar la dualidad.
A querer y a resistir al mismo tiempo.

Porque León también se aprende así:
entre lo que te da...
y lo que te quita.

Aprendí a amar lo que a veces incomoda:
los muros,
la tradición,
el dogma,
las formas rígidas de entender la vida.

Aprendí a reconocer la ciudad en sus rituales:
en la comida,
en la feria,

en la música que atraviesa las calles,
en las historias que se repiten como si no hubieran cambiado.

Y, aun así,
con la esperanza silenciosa
de algún día sentir que pertenezco del todo.

Pero León no es un lugar que se entregue completo.
Es una ciudad que puede abrazar...
y también devorar.
Que te sostiene
y al mismo tiempo te exige que te adaptes a ella.
Que te nombra...
pero no siempre te reconoce.

Caminar por sus calles ahora
es perderse.
Calles anchas, desconocidas,
levantadas sobre lo que antes era otra cosa.
Muros que antes no existían.
Terrenos que fueron baldíos.
Espacios donde hubo tierra
y donde alguien, alguna vez, también tuvo una historia.

Y entonces una entiende que no solo creció la ciudad:
se transformó la forma de habitarla.
Para algunos es progreso.
Para otros es pérdida.

Para quienes venimos de otro ritmo,
de otra forma de mirar,
hay algo que se siente desplazado...
aunque sigamos aquí.

Pero no todo es ausencia.
También hay belleza.
También hay encuentros.
Amores que sí sostienen.
Pasiones que sí se quedan.
También hay cultura viva,
tradiciones que no se rompen del todo,
personas que intentan hacerlo distinto.

León también puede abrazar.
También puede cobijar.
Solo que no lo hace fácil.

Hay que aprender a mirarlo completo:
sin idealizarlo...
pero sin negarlo.
Como todo lo que duele...
y también nos forma.

Encierro.
Nombrar los silencios que quedan en las casas,
donde solo las telarañas permanecen,

las vigas a punto de caer
y las paredes llenas de salitre.

Así también la memoria:
sostenida por historias que no se dijeron,
por anécdotas que nunca encontraron voz,
por todo eso que se quedó…
aunque nadie lo haya querido recordar.

Los silencios permanecen.
Se heredan.
Se habitan.
Se repiten.

Pero hoy...
este micrófono no calla.
Habla.

Habla con la voz de una leonesa
que todavía, en lo más profundo,
se siente un poco desplazada.
Que aprendió a mirar su ciudad
sin idealizarla,
pero sin negarla.
Que entendió que pertenecer
no siempre es encajar.

A veces...
es quedarse.
Con todo.
Con lo que duele.
Con lo que falta.
Con lo que nunca se dijo.

Las casas de León guardan silencios.
Y hoy...
uno de ellos
dejó de serlo.

El zapatero

Mauricio Sánchez

No grites, no es necesario gritar (J.M.S.)

Las palabras de un viejo zapatero hacen ruido, principalmente al tratar de evitarlo; siempre caminan conmigo y en muchas ocasiones dicen que no se hable tan fuerte. Una mirada, una escucha y un registro silencioso de los hechos, al menos de los que en él se tatuaron, y no precisamente en la piel, sino quizás en el corazón, en la sangre, en las venas o hasta en su decir.

Todo comenzó el 2 de enero de 1946, cuando el joven Juan Manuel, acompañado de su padre, rondaba por la plaza principal de la ciudad. El motivo: juntar voces, evidenciar la imposición, el fraude, el robo o cualquier otra cosa que pudiera asumirse como un abuso de poder sobre el pueblo, sobre la gente. Entre palabras, enojos, discusiones, alegatos y propuestas, muchos ciudadanos se reunieron en ese lugar con la finalidad de alzar la voz como comunidad y decir algo sobre lo que pasaba, pues, aunque era claro para todos, desde las esferas del poder se intentaba disfrazar.

El joven Juan Manuel fue llevado de la mano de su padre, primero caminando y después corriendo, como si algo pretendiera alcanzarlos y a su vez ellos quisieran huir; y sí, huyeron de esos mensajes de acero que se disparaban desde la presidencia municipal, cuyo propósito era conservar la posición de poder y de mando.

No llegaron muy lejos: apenas a un hueco en el piso, una abertura para que los bomberos pudieran sacar agua en incendios. Lástima que este fuego no se sofocó con agua, aunque a

Juan Manuel y a su padre sí les permitió vivir un poco más, ya que Juan Manuel fue arrojado por su padre hacia el fondo del hueco y después su padre impulsó su propio cuerpo en la misma dirección, quedando solo su espalda a nivel del suelo, como si fuera un mosaico más, un adorno, una decoración. Por suerte o por astucia de don Marcelino, padre de Juan Manuel, no fueron alcanzados por esos mensajes de acero. Solo cuando dejaron de escuchar ruido salieron de ahí, con llanto, angustia, lágrimas, miedo, rencor, susto o cualquier sentimiento que pueda surgir de una situación así. Caminaron rumbo a su casa, en el barrio del Coecillo, en la calle Baños. No hubo palabras durante el camino ni después, aunque sí quedó una marca: la del silencio. Eso sí lo transmitió el viejo Juan Manuel y, sí, podría decirse que después de esa fecha Juan Manuel pasó de joven a viejo en pocas horas. Tras aquello, nada volvió a ser igual; fue un evento desafortunado para muchos.

La noticia corrió: muchos cayeron en la plaza, muertos, heridos, marcados. Eso pasó con don Marcelino. Ese día fue un momento confuso, pues, por una parte, el pueblo se unía y hacía sentir su presencia, pero, por otra, las vidas de quienes no murieron quedaron marcadas para siempre, así como las de sus descendientes: sus hijos, sus nietos o hasta sus bisnietos. Aunque don Marcelino no tuvo la fortuna de conocer a sus nietos (si bien quizás sus bisnietos seríamos afortunados de saber más de él), murió el 5 de enero del mismo año. ¿La causa? «Se le derramó la bilis del susto». Quizás el gremio médico diría que es imposible, y tal vez lo sea, pero para el viejo Juan Manuel, hijo de don Marcelino, esa fue la razón de la muerte de su padre: ese susto de ser atravesado por mensajes de acero o, peor aún, de ver a su hijo atravesado por uno o varios de esos proyectiles mortales.

¿Tenía sentido para Juan Manuel seguir defendiendo los derechos comunes con esta huella a cuestas? Al parecer no. Nunca

pudo volver a alzar la voz, ni siquiera en su familia; y no me refiero a gritar, sino a reclamar su lugar como hijo, como adulto, como padre, como ciudadano. Jamás pudo alzar la voz ante las injusticias, aunque los robos afectaran a sus propias pertenencias, como cuando compró un automóvil grande («como para viajar hasta Acapulco»), decía él mismo, y los mecánicos que pretendían arreglarle algún detalle lo estafaban y le robaban; él no respondía, prefería huir, quizás por temor… o por amor a ese padre que lo salvó.

El joven-viejo Juan Manuel vivió mucho tiempo. No me queda claro si disfrutó su vida, su familia, su existir o su trabajo, aunque las anécdotas dicen que sí. Después de lo antes mencionado, comenzó a trabajar en algo diferente, buscando algo de la tierra, buscando tesoros. Nunca encontró monedas de oro ni de plata ni cofres, pero sí encontró gente: a sus propios hijos e hijas, quienes siempre lo miraron con respeto y atención, transmitiendo literalmente sus palabras: «No grites, no es necesario».

Pero antes de continuar con su familia, les seguiré contando de sus trabajos. Luego de ser buscador de tesoros, decidió tomar un camino con recompensas más cercanas o con posibilidades de estar más próximas: trabajar en una fábrica de calzado, un lugar llamado Morsa, cerca de la famosa Arena Isabel, a unos cuantos metros del bulevar López Mateos, que cualquier leonés, al menos de mi generación, reconocería como «el Eje». En esa fábrica no trabajó mucho tiempo, pues en cuanto aprendió el oficio del calzado, encontró otro lugar: la fábrica de calzado Dingo, el lugar del viejo, su casa, su estancia, su refugio, su empresa (aún sin serlo). En fin, ese sitio al que durante más de 40 años asistió de lunes a viernes, durante más de 9 horas diarias; ese lugar donde puso suela a más de 10,000 zapatos, donde recibió más que un sueldo semanal y donde, a pesar de su jubilación,

asistía día a día con la finalidad de seguir trabajando y aportando en la creación de calzado.

Recuerdo que en más de tres ocasiones, cuando quien les habla en este momento aún no ingresaba a la primaria, acompañaba a mi mamá o a un tío a ver al viejo, sabiendo que ahí estaría siempre y cuando llegáramos antes de las siete de la tarde, pues después de esa hora ya no se encontraba allí; aunque, como era un hombre de rutinas, sabíamos que estaría en casa de su mamá o en la famosa cantina El Gato Negro.

Cuando llegábamos de sorpresa a «la Dingo», como la llamábamos en casa, el viejo salía a recibirnos a la calle, en pleno barrio San Miguel, una calle empedrada en la que, cuando llovía, los charcos se hacían presentes durante todo el recorrido y que, al caminar por ahí, parecía un campo de obstáculos, de brincos y de curvas donde se ponían a prueba la visión y la habilidad para cada salto. Al llegar con el viejo, la primera impresión que nos daba era de alegría: una sonrisa se desplegaba en su rostro. Nunca había un saludo con la mano; solo era la risa y su mirada, que después de dos minutos se esfumaba, como si recordara que estaba en horario de trabajo y que en ese lugar sagrado no estaba permitido recibir a la familia, y mucho menos disfrutar la visita. Era impresionante cómo cambiaba su rostro, cómo esos ojos mudaban de expresión al recordar dicho mandato. Y, por supuesto, aunque no era obligatorio llevar uniforme, siempre vestía una chamarra azul con mangas blancas que en la espalda lucía el nombre de la empresa.

El joven-viejo Juan Manuel pasó gran parte de su vida trabajando y muy poca disfrutando. Recuerdo dos ocasiones en las que acompañé a uno de mis primos mayores a la cantina por el abuelo. Allí, bajo el efecto del alcohol, reía un poco más, hablaba mucho en comparación con otros momentos y tenía otro semblante; hasta parecía que disfrutaba esos instantes en los que, al

calor de dos cubas, podía decir cosas, como si se esfumara esa orden implícita que lo condenaba al silencio. En una de esas ocasiones estaba acompañado por dos mujeres y, aunque pareciera que la cantina no era el mejor lugar, él se sentía bien y acompañado por ellas, quienes lo llamaban don Manuel y le daban su lugar, como a su padre. Llegamos por él para llevarlo a su casa y, al salir, nos pidió que lo lleváramos a la casa de una de sus hijas. Así lo hicimos; fue quizás el momento en el que lo pude ver más sonriente, más pleno y hasta más libre.

No podría decir si el joven, el joven-viejo, don Manuel o mi abuelo estaba satisfecho con su vida, o si el 2 de enero de 1946 marcó su destino, su futuro y su pasado; pero de lo que sí estoy seguro es de que mi bisabuelo no murió ahí, al menos para la ciudad de León. Y no me refiero solo a don Marcelino, sino a don Juan, don Pedro, don Matías o cualquier persona que vivió ese 2 de enero en León, Guanajuato. Pues, a pesar de que no son héroes ni santos, ni tienen un estatus individual dentro de la historia de la ciudad, formaron un colectivo, una voz común (no igual, sino unida por causas complementarias) cuyo fundamento principal era brindar elementos para construir un lugar apto para vivir. Motivo por el cual, a título personal, en la ciudad de León, Guanajuato, independientemente del presidente municipal o de los buenos o malos manejos en las administraciones públicas, la gente sigue construyendo un hogar: el suyo y el de los demás.

Por último, y a manera de reconocimiento, debo mencionar que las muertes de las personas aquel 2 de enero de 1946 no eran necesarias para dejar ese legado en la ciudad; pero lo que hicieron quienes se reunieron antes de los mensajes de acero sí dejó una marca que trasciende a través del tiempo y de las generaciones.

Estas palabras solo pretenden ser un homenaje a la memoria de los bisabuelos y abuelos de quienes nacimos y habitamos el León de los Aldama.

Malecón

Mario Alberto Santoyo

No lo recuerdas.
Alguna vez nuestro río soñó con ser mar
y se lo llevó todo;
no quedó más que ruinas y silencio.
Algunos ven los desastres como una nueva oportunidad
de ser uno mismo.
Soltar también significa estar preparado para un nuevo retoño.
Hoy, de nuevo, la violencia rompe la tierra con su puño.
Te dijeron tantas veces que la vida no valía nada
que te lo has creído.

Honra tu tragedia:
algún día las tumbas se convertirán en flores;
entonces la ciudad habrá nacido de nuevo.
Los arbustos se mueven en las banquetas como si fueran nubes.
Se levantan los edificios en el Campestre: parecen colosos.
Ve en lo que te has convertido. ¿Puedes creerlo?

El futuro está tan adelante que lo dejamos atrás.
Te construyeron un arco porque sabían que serías victoriosa.
Desde la orilla de la presa, vivir parece una promesa.
Las torres de la catedral son tan altas como tus sueños.
No hay por qué tener miedo.
La canción no es del todo correcta:
aquí sí tiene valor la vida.
Toda esa fuerza que te destruye
será la fuerza que te levante.



Epílogo

Este libro, ante todo, es un acto de gratitud

Gracias a los participantes del micrófono abierto Cuéntame León. A quienes se atrevieron a subir al escenario con la hoja en la mano, a quienes llegaron sin nada preparado y terminaron contando, y a quienes después se sentaron frente a la página en blanco para darle forma escrita a su historia. Sin ustedes no habría libro.

Gracias a la audiencia. A cada persona que ocupó una silla aquel día en la Fenal y, con su atención, convirtió un foro en comunidad. Y gracias a ti, que ahora recorres estas páginas: contigo, el círculo de aquel día vuelve a abrirse.

Gracias a quienes hicieron posibles Cuéntame León y este libro. Al Instituto Cultural de León, especialmente a Viridiana Villalpando; a May Aldana, por su apoyo en la gestión y la conducción del micrófono abierto, y a todo el equipo de la Fenal que nos ayudó a coordinar, montar y acompañar el evento.

Y gracias a León, por sus 450 años de historias y por seguir dándonos motivos para contarlas.

Nos despedimos con un deseo para nuestra ciudad: una vida cultural cada vez más rica, con más libros, lectores y voces que se sumen al relato. Esperamos que quienes habitan estas páginas no dejen de escribir, y quienes las lean descubran que también tienen una historia que contar.

Diana Alvarez Rocha
Cofundadora de
Escritores Emergentes

El presente libro fue un proyecto literario editado por el equipo de ***Escritores Emergentes****. Si te gusta lo que has leído, considera seguirnos en redes sociales. Tu apoyo nos permite seguir acompañando a nuevas voces literarias a volver sus libros realidad. ¡Muchas gracias por leer!*

Sigue nuestras huellas digitales aquí:
linktr.ee/escritoresemergentes

Cuéntame León. Anecdotario histórico
© 2026, de los textos: sus respectivos autores.
© 2026, del diseño para la portada: Paola Aguiñaga.

Primera edición: noviembre de 2026.
Edición literaria: Luis Enrique Vilches.
Corrección de estilo: Diana Alvarez Rocha.
Escritores Emergentes
https://escritoresemergentes.com

Edición digital de distribución gratuita.

Esta publicación reúne textos de diversos autores participantes en el micrófono abierto *Cuéntame León*, realizado en el marco de la Feria Nacional del Libro de León 2026 (Fenal 37) y de la conmemoración de los 450 años de la ciudad de León, Guanajuato.

Los derechos de cada texto corresponden a su respectivo autor. Su inclusión en esta compilación se realiza con autorización expresa para los fines de la presente edición.

La publicación de los textos en este volumen no presupone ni certifica su registro de obra ante INDAUTOR, trámite que corresponde, en su caso, a cada autor.

La distribución gratuita de esta publicación no autoriza la reproducción, transformación o explotación comercial de los textos que la integran sin consentimiento de sus respectivos titulares.